



**Semana del 17 al 23 de enero de 2021. DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO**

“Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad”

### **1.- La Palabra de Dios:**

**1ª Lectura:** 1Sam 3,3b-10.19: “Habla, Señor, que tu siervo te escucha”

**Salmo:** 39,2 y 4ab.7.8-9.10: “Aquí estoy Señor para hacer tu voluntad”

**2ª Lectura:** 1Cor 6,13c-15a.17-20: “Vuestros cuerpos son miembros de Cristo”

**Evangelio:** Jn 1,35-42: “Vieron dónde vivía y se quedaron con él”

**Monición:** Iniciamos la primera parte del Tiempo Ordinario con una Liturgia que nos lleva a meditar sobre la vocación de Samuel (Primera Lectura), la de Andrés, Juan, Pedro y también la nuestra: sobre el llamado que Dios nos hace, y como decíamos en la presentación de este Compendio, sentimos que Dios nos llama a vivir un año distinto, quizás de muchas limitaciones materiales pero casi ilimitadas oportunidades espirituales... En las manos de cada uno está el cómo respondemos a ese llamado.

Quizás sin quererlo, al explicarnos el sentido, lo que quieren decir ciertas palabras o expresiones, Juan nos recuerda que toda nuestra vida está marcada (si no es mejor decir definida) por los significados. Todas las cosas que valoramos, y en última instancia aquello por lo que vivimos o para lo que vivimos, literalmente, es aquello que más significa para nosotros. Dicho de otro modo: nadie está dispuesto a hacer nada, a dar nada, por lo que no tiene un significado, un sentido, un valor... por eso es muy importante definir con toda claridad qué tiene significado para nosotros y qué no. Nos ponemos de pie, por favor, y escuchemos con atención:

### **Del Santo Evangelio según San Juan (Jn 1,35-42)**

**+++ Gloria a Ti, Señor.**

Al día siguiente, Juan se encontraba de nuevo en el mismo lugar con dos de sus discípulos. Mientras Jesús pasaba, se fijó en él y dijo: “*Ese es el Cordero de Dios.*” Los dos discípulos le oyeron decir esto y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les preguntó: “*¿Qué buscan?*” Le contestaron: “*Rabbi* (que significa Maestro), *¿dónde vives?*” Jesús les dijo: “*Vengan y lo verán.*” Fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día. Eran como las cuatro de la tarde.

Andrés, el hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que siguieron a Jesús por la palabra de Juan. Encontró primero a su hermano Simón y le dijo: “*Hemos encontrado al Mesías*” (que significa el Cristo). Y se lo presentó a Jesús. Jesús miró fijamente a Simón y le dijo: “*Tú eres Simón, hijo de Juan, pero te llamarás Kefas*” (que quiere decir Piedra).

**Palabra del Señor / Gloria a Ti, Señor Jesús.**

### **2.- Referencias para la mejor comprensión del Evangelio:**

Como hemos dicho, la Liturgia del domingo nos invitaba a reflexionar sobre la propia vocación. En la Primera Lectura veíamos el llamado del Señor al joven Samuel, que servía en un Templo, todavía provisorio, a las órdenes del sacerdote Elí, en la ciudad de Silo. Era un tiempo en el que la institución religiosa de Israel todavía no se consolidaba.

Dios decide manifestarse a un joven que, como nos expresa la Escritura, “*aún no le conocía*”. Sin embargo, en su juventud y su inexperiencia, Samuel responde con generosidad al llamado de Dios, “*Habla, Señor, que tu siervo escucha*”, y así, como nos dice literalmente el final de este pasaje bíblico, “*Samuel creció, y el Señor estaba con él, y todo lo que el Señor le decía, se cumplía.*”

Hay tres aspectos muy importantes para destacar en esa lectura, que de algún modo nos preparan para sacar un mejor provecho en la reflexión del Evangelio que acabamos de leer:

**1°** Que Dios, en uso de su libertad y de su poder, y muchas veces en contra de lo que sugeriría la lógica humana, elige al que quiere, para lo que Él quiere.

**2°** La juventud, que ayuda a responder generosamente al llamado de Dios (una cuestión muy importante para considerar) porque los jóvenes deben de ser, especialmente este año de pandemia para nosotros, un objetivo en nuestros planes de Evangelización (luego volveremos sobre este punto).

**3°** Finalmente, la humildad y la generosidad, la verdadera grandeza del buen servidor de Dios, que reconoce el momento en el que **debe** hacerse a un lado y entregar aquello que no es suyo, aquello que el Señor “le prestó” por un tiempo, para que lo hiciera fructificar. Es el caso de Elí, que gozoso le entrega a Dios a su servidor Samuel, y en el Evangelio, de Juan el Bautista, que encamina a sus discípulos hacia Jesús. Luego dirá: “*Esta es pues mi alegría, que ha alcanzado su plenitud. Es preciso que él crezca y que yo disminuya*” (Jn 3,29-30). La única tarea de Juan



## CATEQUESIS PARA CASITAS DE ORACIÓN DEL ANE

(como la de todo verdadero seguidor del Señor) era la de “ser testigo de la luz”, no la luz misma, como nos decía el Papa Francisco en el fragmento de su homilía que leímos hace dos semanas.

Bien. El pasaje del Evangelio que releemos hoy transcurre a orillas del Jordán, en la localidad de *Betabará* (o “*Bethabara*”), donde San Juan bautizaba. Allí estaba él hoy, rodeado de sus discípulos, cuando de pronto pasó el Señor.

El día anterior, según nos dice el mismo Evangelio en los versículos previos, Juan había estado respondiendo a las preguntas de un grupo de personas enviadas por los fariseos, a las cuales les había dicho con claridad que él no era el Mesías, pero que éste estaba muy próximo a manifestarse, pues de hecho, ya estaba entre ellos...

Obviamente, los discípulos de Juan habían escuchado esa conversación y venían oyendo de boca de Juan, ya desde hacía mucho tiempo, que el Redentor “estaba cerca”. Su interés y sus esperanzas crecían cada día...

En realidad todo el pueblo de Israel esperaba a su Salvador, pero las expectativas entre unos y otros eran diferentes, por eso NO todos estaban realmente dispuestos a recibirlo. Por eso, quienes no le reconocerían, terminarían clavándolo en una cruz, como al peor de los delincuentes. Los gobernantes, los sacerdotes, los que tenían el poder público y religioso lo persiguieron desde el pesebre, como vimos hace algunas semanas, al celebrar a los Santos Inocentes.

Hoy sucede en cierto modo lo mismo: los poderosos, los adinerados, son menos sensibles al llamado de Dios porque ya tienen su “pedazo de cielo” aquí en la tierra.

No obstante, casi todos los seres humanos esperan “algo” que les cambie la vida, que se las haga “más digna” (entre comillas), más feliz o más plena. Pero al igual que entonces, la gran mayoría tiene perspectivas erróneas, equívocas y engañosas... creen que la mayor dignidad pasa por tener más dinero, por gozar de mayores lujos, por disfrutar de placeres o por cosechar poder y aplausos... por eso también tuercen sus caminos y fallan sus “métodos”, y buscan llenar ese vacío existencial con cosas superfluas, que van desde un nuevo corte de pelo, un vestido o un par de zapatos caros, hasta cuestiones todavía más absurdas y peligrosas para la sociedad... como la búsqueda del dinero a través de actos delictivos: la extorsión, el fraude, las drogas, la corrupción en sus más variadas formas.

En ese aspecto, creemos que la pandemia puede ayudarnos a “*pisar tierra más firme*”, a recordar que los vestidos y los tacones, los perfumes o maquillajes, el mismo dinero y las posesiones no sirven de nada cuando la tormenta arrecia; que de la misma manera se pueden ir los ricos y poderosos que los pobres y humildes, cuando les llega la hora, porque en la materia no está la seguridad y el oro no puede comprar ni un minuto más de vida.

Las primeras palabras que pronuncia Jesús, en el Evangelio de San Juan, constituyen una pregunta que el Señor nos formula a cada uno de nosotros hoy: “¿*Qué buscan...*?”

Un dicho popular en Argentina reza “*el que no sabe lo que busca, no entiende lo que encuentra*”. Por eso es muy importante hacerse esa pregunta siempre “¿Qué es lo que estoy buscando...?” Si lo que realmente busco es a Cristo, si lo que realmente quiero es seguirlo, ser su verdadero discípulo, Él me dijo lo primero que tengo que hacer: “*El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo...*” Eso es lo primero, lo segundo, lo tercero y lo último... No puedo seguir verdaderamente a Cristo mientras no me niegue a mí, a mis deseos y pretensiones... es simple pero parece que nos cuesta mucho entenderlo.

El pasaje de este Evangelio nos habla precisamente del verdadero discipulado, que se vive en seis pasos concretos: el encuentro, el reconocimiento, el seguimiento, la perseverancia, el compromiso y el cambio: esa vida nueva que todos ansiamos, y que por pura Gracia de Dios, nosotros sabemos cómo podemos alcanzar. Repasémoslo juntos:

**El encuentro:** se produce cuando Jesucristo pasa y, para algunos (como los discípulos de Juan) sólo se deja ver, y hasta parece que no fuera a detenerse... Para otros, en cambio, se parará directamente en frente, los mirará a los ojos, como a Pedro, y les llamará por su nombre... En todo caso, Él sabe cómo hacer con cada quien, y a todos “*a veces se nos adelanta y a veces nos sigue*”, como decía San Agustín...



## CATEQUESIS PARA CASITAS DE ORACIÓN DEL ANE

**El reconocimiento:** ocurre cuando “alguien” nos dice que Él es el Cordero de Dios, el que quita el pecado y hace de nuevo todas las cosas; cuando nos damos cuenta de que era Él a Quien andábamos buscando, cuando comprendemos que Él era lo que más ansiábamos, lo que de verdad necesitábamos para vivir en plenitud...

**El seguimiento y la perseverancia:** la permanencia junto a Él será sólo el resultado de aquel encuentro, de ese momento de “consciencia”, en el que comprendimos que sólo a su lado seremos lo que queremos y **DEBEMOS** ser. “Señor, ¿a dónde iremos? Tú solo tienes Palabras de vida...?”

**El compromiso:** es el fruto necesario de aquel encuentro, es el deseo de hacer que *todos* puedan disfrutar de lo que nosotros disfrutamos... Nos hallamos ya tan convencidos de que estar a Su lado es lo mejor, que sentimos la responsabilidad y la **obligación** de compartir esa felicidad, como hizo Andrés con su hermano Simón... Cuando nos hacemos, como dice San Pablo, “*embajadores encadenados del Evangelio*”, de suerte que no podríamos ya dejar de anunciarlo. (Cfr. Ef 6,20).

**El cambio:** es el desafío permanente de todo aquel que sigue al Señor, y que nos acompañará durante toda la vida; es ese “*negarse a sí mismo*”. Ser discípulo significa asemejarse cada vez más al Maestro: configurarse a Él, tratar de ser Él (no sólo “ser como” Él, sino hacerse uno con Él). Este es el proceso de Comunión o de Unión Común, cuyo ejemplo perfecto se observa en la Santísima Trinidad: Tres Personas, pero un solo Dios. Para esto, la vida comunitaria juega un papel trascendente. Sin VERDADERA COMUNIÓN en la comunidad, no entraremos en plena Comunión con Dios.

En el caso de Pedro, como vemos, ese cambio debió llevarle incluso a un **nuevo nombre** (como sucedería con Mateo, que antes era Leví, y con Natanael, quien sería después Bartolomé, los tres llamados directamente por Jesús para seguirle)... No es casual: La necesidad del cambio para ellos (los llamados) era más radical, por eso hasta Él mismo les cambió el nombre.

En efecto, Jesús le dio un nombre nuevo a Pedro, en señal de la vida nueva que recibiría después de aquel día. Nosotros también recibimos una vida nueva cuando dejamos entrar a Dios en nuestro corazón, en nuestra mente y en nuestros días.

Si bien el Catecismo de la Iglesia Católica nos dice que en el Reino de los Cielos recibimos un nombre nuevo, al meditar sobre este encuentro entre Pedro y Jesús, descubrimos que, cuando Dios nos encomienda una misión especial, nos llama de una manera distinta, de acuerdo con la responsabilidad que nos encomienda, porque nos hace experimentar, ya aquí en la tierra, esa vida nueva que se encuentra en plenitud en el Cielo. Por eso es que muchos religiosos y religiosas “cambian de nombre” al hacer sus votos.

Estamos iniciando un año y tenemos la maravillosa oportunidad de asumir el reto de **avanzar**, en ese discipulado al que hemos sido llamados. El mundo realmente lo necesita: Todos precisan ser felices, pero necesitan encontrar el camino para lograrlo; precisan ver que esa felicidad es posible y cierta, y nosotros somos los encargados de demostrárselo con nuestra propia vida.

Profundicemos pues nuestro cambio interior, para ser eficaces mensajeros de la Buena Nueva. Crezcamos en la oración y en el espíritu de sacrificio.

**3.- Preguntas para orientar la reflexión:** (*Leer pausadamente cada inciso, y dejar un instante de silencio después de cada pregunta, para permitir la reflexión de los hermanos*)

- a) ¿De qué manera sentí yo el llamado de Jesús para seguirlo más comprometidamente? ¿Puedo precisar el día y las circunstancias?
- b) ¿Cuánto he cambiado desde aquel día? ¿Reconozco los aspectos en los que todavía DEBO cambiar y mejorar para ser un verdadero discípulo de Cristo? ¿Cómo podré lograrlo? ¿En qué debo trabajar...?
- c) ¿Puedo reconocer, como Juan el Bautista, al Cordero de Dios en cada Santa Misa? ¿Le dejo que quite el pecado de mí?
- d) ¿Me quedo con alguna frecuencia a solas con el Señor, para escucharlo? ¿Lo oigo atentamente y procuro entender lo que quiere de mí? ¿Me esfuerzo lo suficiente por hacerlo?
- e) ¿Les muestro a mis parientes y amigos a Cristo, como hizo Juan a sus discípulos, para que ellos también lo sigan?



## CATEQUESIS PARA CASITAS DE ORACIÓN DEL ANE

f) ¿Tengo claro de qué manera o en qué aspectos debo yo “desaparecer”, a fin de que el Señor crezca?

**4.- Comentarios de los hermanos:** *Luego de un momento de silencio, se concede la palabra a los participantes de la Casita, para que expresen sus comentarios. Siempre, se buscará la participación de todos.*

### 5.- Concordancias del Evangelio con el Catecismo de la Iglesia Católica:

**Cánones: 551, 863, 1998, 2001**

**551** Desde el comienzo de su vida pública, Jesús eligió unos hombres en número de doce para estar con Él y participar en su misión; les hizo partícipes de su autoridad “y los envió a proclamar el Reino de Dios y a curar”. Ellos permanecen para siempre asociados al Reino de Cristo, porque por medio de ellos dirige su Iglesia: “Yo, por mi parte, dispongo el Reino para vosotros, como mi Padre lo dispuso para mí, para que coman y beban en mi mesa en mi Reino y se sienten allí sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel” (Lc 22,29-30).

**863** Toda la Iglesia es apostólica mientras permanezca, a través de los sucesores de San Pedro y de los apóstoles, en comunión de fe y de vida con su origen. Toda la Iglesia es apostólica en cuanto que ella es “enviada” al mundo entero; todos los miembros de la Iglesia, aunque de diferentes maneras, tienen parte en este envío. “La vocación cristiana, por su misma naturaleza, es también vocación al apostolado”. Se llama “apostolado” a “toda la actividad del Cuerpo Místico” que tiende a “propagar el Reino de Cristo por toda la tierra” (Decreto Apostolicam Actuositatem 2).

**1989** La primera obra de la gracia del Espíritu Santo es la conversión, que obra la justificación según el anuncio de Jesús al comienzo del Evangelio: “Convírtanse porque el Reino de los cielos está cerca” (Mt 4,17). Movido por la gracia, el hombre se vuelve a Dios y se aparta del pecado, acogiendo así el perdón y la justicia de lo alto. “La justificación entraña, por tanto, el perdón de los pecados, la santificación y la renovación del hombre interior.” (Cc. de Trento: DS 1528).

**1998** Esta vocación a la vida eterna es sobrenatural. Depende enteramente de la iniciativa gratuita de Dios, porque sólo Él puede revelarse y darse a sí mismo. Sobrepasa las capacidades de la inteligencia y las fuerzas de la voluntad humana, como las de toda creatura (Cfr. 1Cor 2,7-9).

**2001** La preparación del hombre para acoger la gracia es ya en sí misma una obra de la gracia. Ésta es necesaria para suscitar y sostener nuestra colaboración a la justificación, mediante la fe y a la santificación mediante la caridad. Dios completa en nosotros lo que Él mismo comenzó, “porque Él, por su acción, comienza haciendo que nosotros queramos; y termina cooperando con nuestra voluntad ya convertida” (San Agustín): Ciertamente nosotros trabajamos también, pero no hacemos más que trabajar con Dios que trabaja. Porque su misericordia se nos adelantó para que fuésemos curados; nos sigue todavía para que, una vez sanados, seamos vivificados; se nos adelanta para que seamos llamados, nos sigue para que seamos glorificados; se nos adelanta para que vivamos según la piedad, nos sigue para que vivamos por siempre con Dios, pues sin Él no podemos hacer nada (San Agustín, De natura et gratia).

### 6.- Reflexionando con la Gran Cruzada:

**ANA-22** Sepan todos Mis hijos que Mi deseo es inundar sus almas con Mi Misericordia y que busco almas que tomen esta Misericordia para salvación de muchos.

Yo no menosprecio a nadie con corazón humilde y contrito. Extiendo Mis brazos y busco acercarlos hacia Mi Sagrado Corazón y purificarlos en el fuego y la fuente de Mi amor.

Les doy muchos signos y advertencias, sólo busco su unión Conmigo ¿Por qué temen y dudan? ¿Por qué prefieren los placeres mundanos, cuando Yo Soy todo? ¿Permanecerían duros de corazón permitiendo que su ego, tan falible, los dirija?

Si tuviesen paz, no pasarían juicio y callarían. Vengan a Mí y sanen, que el Espíritu Santo, el huésped divino de sus almas descubra el florecer de sus corazones en un resplandeciente tabernáculo.

Queden limpios en el Sacramento de la Confesión. Aliméntense con pureza en la Sagrada Comunión. Santifiquen sus vidas y todos sus trabajos cada día en el Sagrado sacrificio de la Misa. Pasen tiempo Conmigo en oración y aprendan lo que es el silencio del cuerpo y del alma. Sólo entonces podrán reconocer Mi voz, cuando le hablo a lo más íntimo de su ser. Sólo así podrán romper las cadenas del maligno y aspirar a la luz celestial.

**7.- Virtud del mes:** Durante este mes practicamos la virtud de la **Fortaleza** (CIC, cánones: 1808-1811-1831-1837)



## CATEQUESIS PARA CASITAS DE ORACIÓN DEL ANE

**Esta Semana veremos el canon 1811, que dice lo siguiente:**

**1831** Los siete dones del Espíritu Santo son: sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios. Pertenecen en plenitud a Cristo, Hijo de David (Cfr. Is 11,1-2). Completan y llevan a su perfección las virtudes de quienes los reciben. Hacen a los fieles dóciles para obedecer con prontitud a las inspiraciones divinas.

Tu espíritu bueno me guíe por una tierra llana (Sal 143,10).

Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios... Y, si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo (Rom 8,14.17).

**Y La Gran Cruzada nos dice:**

**CA-22** Cuando lleguen los sufrimientos, piensa que aunque Me notes ausente, nunca estaré más cerca de ti que en esos momentos. Y si sientes desfallecer tu corazón, abandónalo en Mis manos, que ellas sabrán darte la fortaleza necesaria. Si sientes tedio y desagrado en cumplir lo que dispongo, quita la escoria de tu disgusto; porque si quieres de veras poseerme, has de aceptar también lo desagradable que te He destinado en la tierra y saber que, mientras vivas pegada a ella, has de vivir de lo terreno.

**8.- Propósitos Semanales:**

- **Con el Evangelio:** Revisaré frente al Señor mi vocación, el llamado que Él me hizo al principio y el que me hace ahora para servirle. Analizaré el grado o nivel de generosidad con la cual le respondí y le respondo ahora. Prepararé el **testimonio** de mi vocación, para compartirlo cuando sea necesario... lo meditaré, lo escribiré y lo iré "puliendo", ayudado por la oración.

- **Con la virtud del mes:** Pediré al Señor la fortaleza necesaria para vivir mis problemas, contrariedades y complicaciones con la paz de Cristo en mi corazón, y transmitiendo esa paz a los que me rodean.

**9.- Comentarios finales:** *Se concede nuevamente la palabra para referirse a los textos leídos (del Catecismo o de la Gran Cruzada) o a cualquier otro tema de interés para la Casita, para el Apostolado o la Iglesia en general.*